

Cada una de las lecturas del presente encargo sirvió de algún modo para proporcionarme nuevos datos sobre mi forma de ver la planificación en los países en vías de desarrollo. En general, lo que más me ha gustado de las lecturas es el modo en que cuestionan el desarrollo preponderante o paradigma teórico sacando a la luz algunos conceptos mal entendidos hasta la fecha.

La lectura de Chang (2002) ha sido especialmente interesante porque hasta ahora no se me había ocurrido pensar en las normas de actuación dirigidas en la actualidad a los países en vías de desarrollo, vistas en el contexto del desarrollo de países ya industrializados. Sobre todo, el artículo cambió mi forma de ver el problema de los requisitos para la ayuda. Anteriormente, a pesar de que estos requisitos parecían conceder a los donantes una gran cantidad de poder para decidir qué países merecían el dinero y cuáles no, en sí mismos me parecían lógicos: mínima corrupción administrativa, reconocimiento de los derechos de propiedad, democracia, etc. Tras la lectura de Chang, no obstante, los requisitos ya no me parecen tan razonables a la vista de las pruebas de que las administraciones de los países desarrollados no cumplieron las mismas normas hasta una etapa mucho más tardía en su proceso de desarrollo.

Teaford (1984) respalda la teoría de Chang cuando habla sobre las dificultades que las administraciones municipales estadounidenses afrontaron a finales del siglo XIX. Me sorprendió el gran número de críticas que estas administraciones recibieron a pesar de que, de hecho, lo estaban haciendo relativamente bien. Nunca me había fijado en el hecho de que algunas de las obras públicas municipales más notables de Estados Unidos— Central Park, la biblioteca pública de Boston, el parque de Golden Gate— se realizaron cuando las ciudades atravesaban su momento de descrédito más álgido a causa de la corrupción y el mal servicio. Quizás esto sugiere que las ciudades

de los países en vías de desarrollo de hoy merecen más libertad de acción en el modo de gestionar sus asuntos, si bien, estas ciudades también reciben duras críticas cuando en realidad están avanzando de forma admirable.

El desequilibrio en el seno de las ciudades estadounidenses de las que Teaford habla, en las que se llevaron a cabo proyectos magníficos y dotación de infraestructuras mientras la administración municipal apenas mantenía a raya problemas como el crecimiento de la población, etc., se asemeja a la teoría de Hirschman (1958) del crecimiento “desequilibrado”. Antes de la lectura de este artículo, no conocía las teorías del crecimiento económico y me llamó la atención que el argumento de Hirschman sobre el crecimiento desequilibrado pareciera intuitivo y, sin embargo, pusiera en duda la creencia normalmente extendida en el ámbito del desarrollo de que el crecimiento debería ser equilibrado. Los apogeos y los declives son parte de la vida en las sociedades capitalistas modernas. Es natural que un sector en auge alimente a otros, aunque aparentemente no tengan relación. Es lo que ocurrió en el área de la bahía de San Francisco con el esplendor de las empresas puntocom. Aumentó la demanda de computadoras, locales para oficinas, mobiliario, restaurantes, vivienda, gasolina y muchos otros artículos. El mercado inmobiliario excedió el auge del sector, ya que los precios de la vivienda continuaron aumentando mucho después de que la mayoría de las empresas incipientes cerraran sus puertas. Aunque daba la impresión de que a Hirschman le preocupaban menos los declives que los apogeos, el caso de las puntocom parece favorecer su teoría.

Destacaría sobre todo el argumento del capítulo de Tendler (1997) en el que sugiere que la comunidad del desarrollo ha pasado por alto el material publicado sobre “rendimiento industrial y transformación del lugar de trabajo.” Es importante entender la situación óptima en un lugar de trabajo a fin de mejorar la productividad: al

margen de que se trate de un país industrializado o en vías de desarrollo. Michael Woolcock, quien impartió un curso sobre instituciones sociales en la Kennedy School el año pasado, mencionó la importancia del intercambio de información entre materias en principio dispares. Aunque en dicha clase no nos referimos específicamente al trabajo, creo que esta lectura trata de ilustrar un punto semejante. El artículo demuestra que el asesoramiento que las naciones industrializadas prestan a los países en vías de desarrollo puede ser bastante contrario a las conclusiones extraídas de la investigación detallada o de las observaciones realizadas sobre cómo funcionan las cosas verdaderamente sobre el terreno. Para mí, este argumento es uno de los más importantes del curso hasta ahora.

Este razonamiento también refleja los argumentos expuestos en las lecturas del caso práctico sobre “planificación y elección técnica”. Éstas demuestran que es imprescindible un examen detenido de lo que hay detrás de ciertas situaciones de desarrollo antes de que sea posible plantearse suposiciones sobre por qué ciertos acontecimientos ocurrieron de una forma y no de otra. Me sorprendió el artículo de Berlan y Lewontin (1986), la semilla híbrida de maíz, por la evidencia de que el maíz híbrido tuvo éxito no porque aumentase la producción de la cosecha, sino porque ciertas personas estaban interesadas en obtener un beneficio económico de la venta de las semillas. Saber esto es fundamental a la hora de plasmar una recomendación de utilidad sobre la producción de maíz o sobre otro tipo de producción industrial en la que se pueda influir de manera similar.

El debate de McGuire y Granovetter (1996) sobre el crecimiento del sector de la energía eléctrica en Estados Unidos es también revelador. Siempre se me había sugerido la idea de que las instituciones sociales son vitales para el desarrollo económico de la comunidad, pero no había considerado el papel que las

construcciones sociales, como las amistades y la dinámica del poder, han desempeñado en el desarrollo de la industria. Lo poco que he leído sobre el desarrollo de grandes empresas aquí en Estados Unidos me dejó la impresión de que los empresarios de éxito maximizaban sus beneficios por lo general a expensas de las relaciones personales. Me sorprendió mucho darme cuenta de que no siempre es así, y que las relaciones y la dinámica de poder desempeñan un papel central en el éxito de las actividades empresariales.

Las lecturas sobre la reforma me sirvieron para reflexionar sobre los diversos modos en que pueden suceder los cambios en el plano nacional. El argumento de Hirschman (1963) de que la violencia descentralizada durante un largo periodo de tiempo puede en realidad considerarse una revolución amplió mi concepción de lo que debería considerarse una revolución. También me gustó su descripción del reformador ingenuo que aprende con la práctica; creo que es importante reconocer el mérito de aquellos que trabajan incesantemente en objetivos pequeños para lograr al final algo más sustancial, y nunca antes había considerado de ese modo la distinción entre un reformista y un revolucionario.

El trabajo de Houtzager (2003) sobre la importancia de los vínculos entre la sociedad civil y las administraciones progresistas para alcanzar reformas fructíferas me sirvió para adquirir un conocimiento más profundo de la teoría del desarrollo. Había leído sobre la cualidad esencial de las redes sociales para el desarrollo económico de comunidades empobrecidas, pero no había acotado mis reflexiones exclusivamente a la relación entre la sociedad civil y el estado. Tampoco conocía la crítica específica de que la sociedad civil no puede crear inclusión por sí sola. El artículo de Houtzager me convenció de que es posible que los agentes de cambio más poderosos y convincentes residan en los vínculos entre una sociedad civil fuerte

y una administración de progreso.

Los debates sobre los programas de subvención a la alimentación en México y sobre la selva de West Bengal consolidaron algunos de los conceptos del artículo de Houtzager. El caso de México me recuerda al programa SABAMAR en la República Dominicana, donde la estrategia de desarrollo consiste en crear redes de individuos antes de poner en marcha proyectos de infraestructura en las comunidades. Uno de los aspectos positivos que aprecio en este método es el hecho de que vaya a existir una nueva estructura comunitaria que podría fácilmente durar más que el propio proyecto. Ha sido aleccionador leer que esta clase de redes comunitarias han sobrevivido a los programas que las formaron y han sido capaces de entablar una relación entre ellas y el estado. También es útil observar la importancia de una administración progresista y receptiva para que estos programas funcionen. (Fox, 1992)

El capítulo de Joshi (2000) resultó especialmente instructivo por que en él se demuestra que una agencia gubernamental receptiva y una comunidad sensible no son los únicos factores que incidir en el éxito del programa. El poder y la influencia política son también enormemente importantes, como lo son los trabajadores de campo que interactúan directamente con las comunidades, lo que de nuevo sugiere que el poder tal vez resida en el vínculo entre la burocracia administrativa y la sociedad civil más que en una sola de ellas.

Tendler (1968) también se ocupa de las formas en que el poder político puede interactuar con los trabajadores, sobre todo en lo que se refiere a las opciones tecnológicas. Me llamó la atención el grado en que el contexto particular de un país puede influir en el tipo de proyecto más beneficioso para el país. La prueba de Brasil sugiere que el país debería hacer valer sus cualidades en lugar de intentar

diversificar para desarrollar todas las áreas del servicio. Sin embargo, parece como si la falta de control sobre la distribución de la energía pudiese haber fracasado si finalmente la compañía privada no se hubiese mostrado favorable a la situación.

La idea de una elección situacional en el trabajo de desarrollo aparece también en el artículo de Hirschman (1967, 1995). Aunque comprendía de forma intuitiva que los proyectos de desarrollo requieren flexibilidad a la hora de tomar decisiones y el la forma de ocuparse de ciertos de sus aspectos, me sirvió de utilidad ubicar esta idea en un contexto específico. Por ejemplo, en lo que respecta a calidad frente a cantidad, es útil observar en qué situaciones una sustitución puede resultar apropiada y en cuales no tanto.

Parece que un tema subyacente a todas las lecturas es comprobar como existe casi siempre otra forma de contemplar una situación. Aunque esto no es sorprendente de por sí, siempre es reconfortante leer un artículo o perspectiva que se aparta de la corriente dominante. Estas nuevas perspectivas parecen especialmente pertinentes en el contexto de los países en vías de desarrollo, en los que los gobiernos suelen recibir mala información por parte de donantes y agencias de ayuda que afirman ser omniscientes.